

almudena grandes



Luis Fega *Candal 2, 1998*

Al entrar en la sala, Susana Rivera miró a su alrededor para escoger un sitio discreto. Un rato antes, en el vestíbulo, una señora pesadísima de la organización le había advertido, con el dedo estirado de las admoniciones más severas, que tenía reservado un asiento central en la primera fila. Las mujeres de los poetas siempre tienen reservado un asiento central en la primera fila, pero a algunas no les gusta ocuparlos. Susana era de estas últimas, y por eso no dudó al distinguir una butaca libre en una fila central, equidistante entre el escenario y la salida. Antes de que su marido entrara en la sala, ella ya ocupaba, convenientemente flanqueada por dos desconocidos, uno de esos asientos anodinos, laterales, insignificantes, hacia los que los conferenciantes no suelen dirigir la mirada.

Desde allí, una perspectiva idéntica a la de los anónimos oyentes que se habían congregado en el salón de actos de una pequeña universidad nortea-

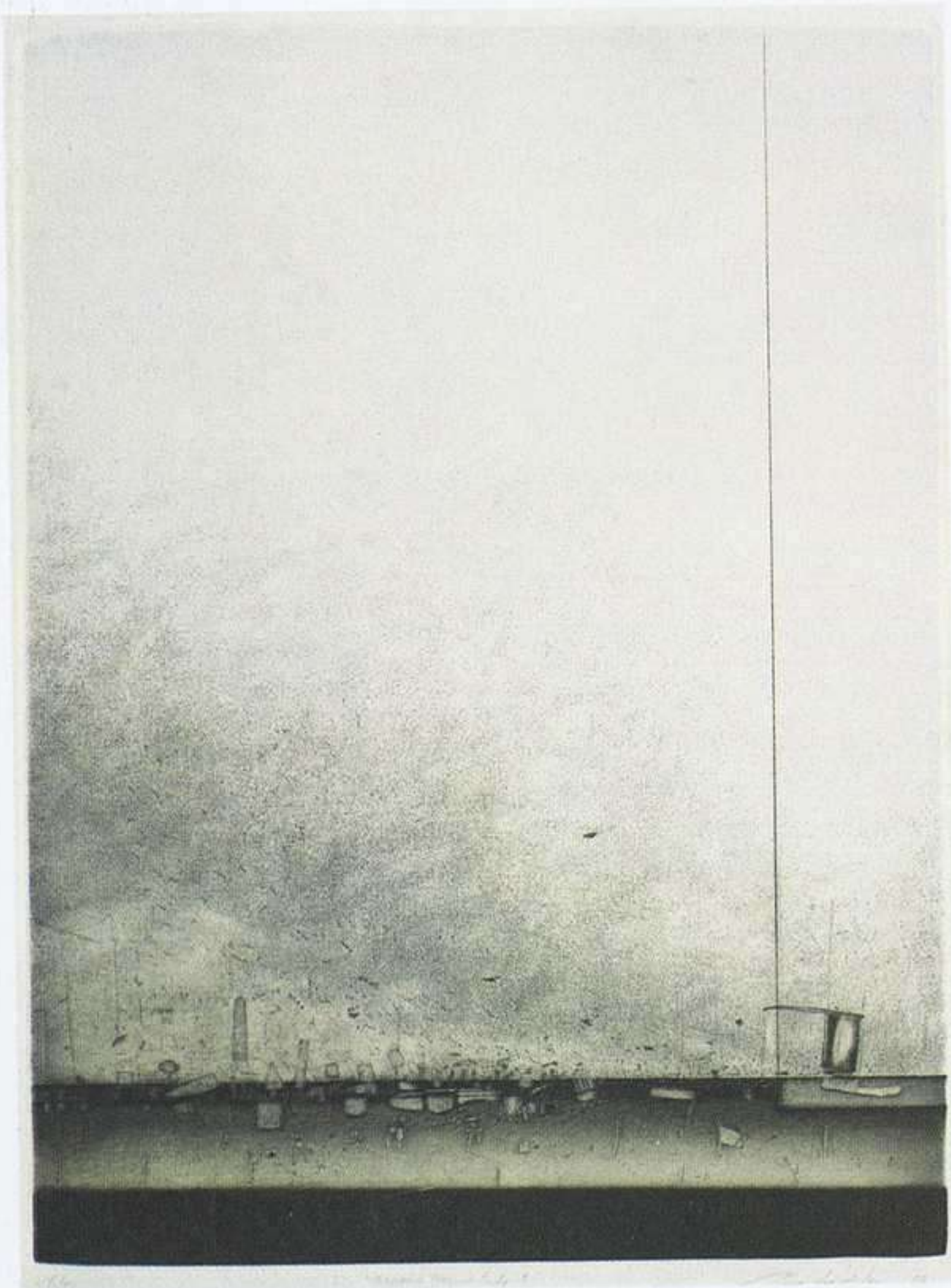
americana para escuchar sus poemas, vio entrar a Ángel González. El poeta caminaba muy erguido, como siempre, y como siempre también, parecía mucho más alto de lo que es en realidad. Hombre sobrio, pero además coqueto, y muy habilidoso en la combinación de estas dos cualidades presuntamente antitéticas, iba vestido en tonos tostados, los que más le favorecían, y no llevaba corbata. Aquella tarde iba a leer poemas y se había vestido de poeta con una chaqueta de lana jaspeada y unos pantalones de pana, dos piezas básicas para

componer una versión decorosa y post-moderna del desaliño indumentario machadiano que identifica a una determinada familia de poetas españoles de varias generaciones.

Cuando subió al estrado, y se sentó despacio, y miró hacia delante a través de las lentes bifocales que agrandaban sus ojos castaños, que a veces parecían azules, y a veces de ambos colores, y siempre eran difíciles pero siempre muy dulces, Susana Rivera pensó que su marido era un hombre guapo. Lo era de verdad. Los años habían sido más que bondadosos, más que justos, al dejar sus huellas en el rostro de Ángel. El tiempo lo había escogido como cómplice, y por eso había respetado la agilidad traviesa de su mirada sin dejar de cargarla de ironía, y había mantenido una exacta proporción de hebras negras en la blancura limpia y vigorosa de su barba, y prefería resbalar sobre su piel arrugada de hombre joven, que sabe que es joven y no

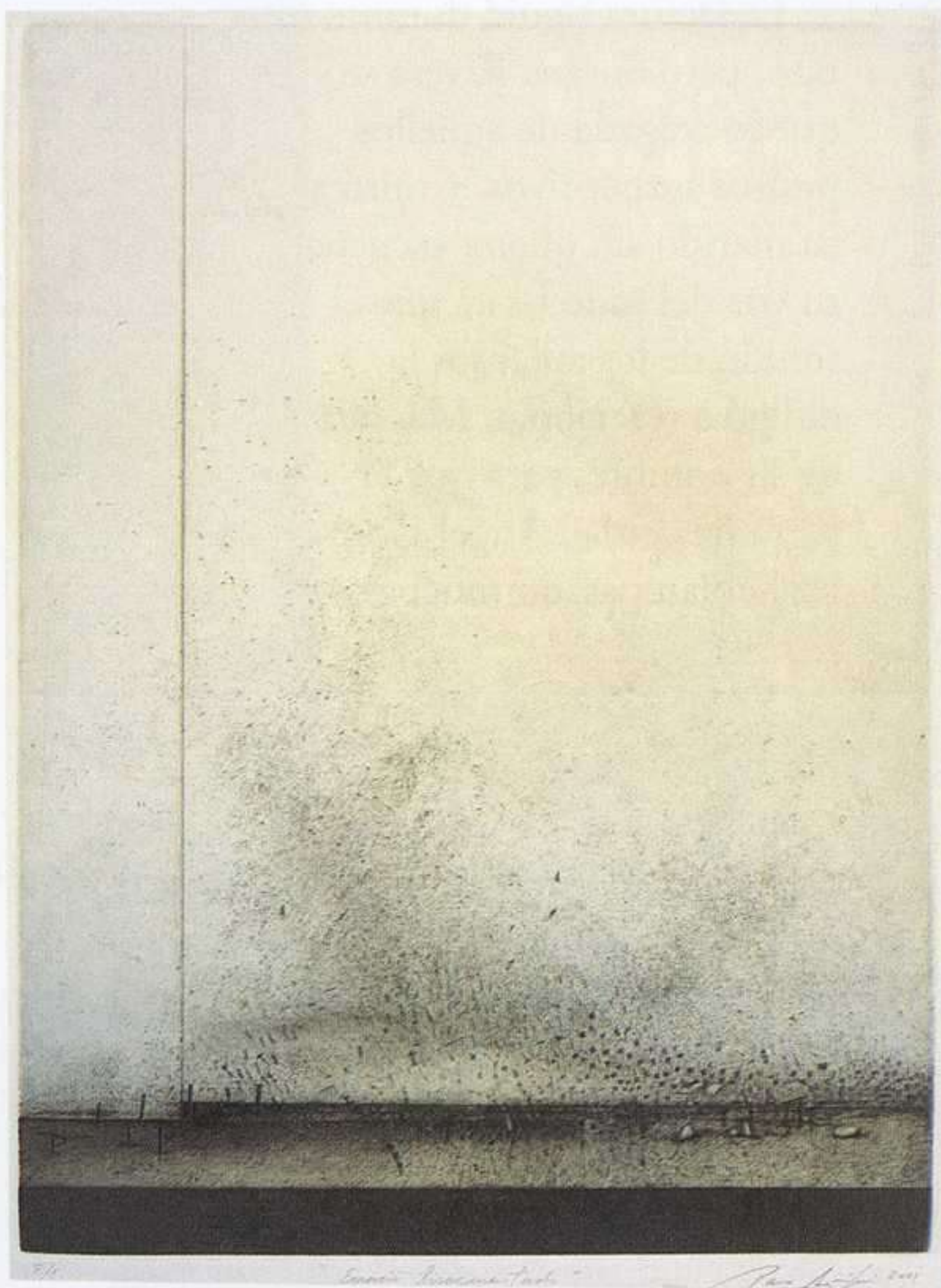
pierde el tiempo en valorar su propia juventud. Por eso también afilaba ahora su perfil mientras sus ojos vagaban inquietos por la sala, buscándola. Cuando la encontró, carraspeó ligeramente, sonrió y empezó a leer. *Para que yo me llame Ángel González...*

Mientras los versos conocidos, familiares, de aquel poema que suele inaugurar las antologías, resonaban en el silencio concentrado de la sala, Susana Rivera se encontró descifrando su título casi sin querer, sin un propósito concreto, en términos muy diferentes de los que su marido había escogido al



Francisco Aguilar
Espacio fragmentado I, 2001

escribirlo, casi cincuenta años antes. Para que él se llamara Ángel González, *fue necesario un ancho espacio y un largo tiempo*, las alegrías de una infancia triste, una feroz determinación a sobrevivir, hazañas compartidas en amistades adolescentes que no caducaron nunca, ni en el tiempo ni en la distancia. Así, *cuerpos y más cuerpos fundiéndose incensantes en otro cuerpo nuevo*, surgió aquel hombre, un poeta extraordinario, admirable por muchas otras cosas, y de nuevo y siempre poeta extraordinario. *Solsticios y equinoccios alumbraron con su cambiante luz, su vario cielo, el viaje milenario de mi carne*, y Susana recordó historias antiguas, el amor de un muchacho por una trapecista que le dejó sin pulso y sin aliento al abandonarlo en pos del destino ambulante del circo donde trabajaba, la llegada a Madrid, noches inverosímiles, aventuras febriles, algún que otro altercado, una ficha policial inconcebible, una discreta vida de agente doble, funcionario del Ministerio de Obras Públicas de día, criatura nocturna, noctámbula pero sobre todo nocturna, desde la puesta del sol. *Yo no soy más que el resultado, el fruto, lo que queda podrido entre los restos*, un destino injusto en un país injusto, y sin embargo, aquellos fueron años de grandes amistades, ella lo sabe, lo ha oído contar muchas veces, ha visto brillar la luz en los ojos del poeta al recordar nombres, anécdotas, casi leyendas ya cuando entre quienes escuchan hay escritores jóvenes, hambrientos de fechas, sedientos de historias, felices de contarse entre los privilegiados que, una noche, o muchas noches, han escuchado hablar a Ángel González. *Esto que veis aquí, tan sólo esto: un escombros tenaz, que se resiste a su ruina, que lucha contra el viento, que avanza por caminos que no llevan a ningún sitio*, pero algún camino le llevó hasta ella, Susana Rivera, una estudiante universitaria que todavía no contaba con la edad legal para consumir alcohol en los bares del estado de Nuevo México, y ella le vio crecer, hacerse inmenso a lo largo de un camino distinto, el que le devolvió a



Francisco Aguilar
Espacio fragmentado, 2001

su propio país como un hombre esencial, imprescindible, amado, el fruto bendito de los años podridos, el árbol que supo crecer entre los escombros hasta verlos florecidos a sus pies. *El éxito de todos los fracasos*, seguía diciendo el poema, sin embargo, *la enloquecida fuerza del desaliento...*

La lectura siguió durante un rato, pero Susana Rivera se quedó colgada de aquellos puntos suspensivos, y miró a su marido sin querer escuchar su voz del todo hasta que el sonido de los aplausos la obligó a reaccionar. Más allá de su nombre, para que él fuera de verdad Ángel González habían pasado muchas,

muchísimas cosas, noches y días, música y canciones, amores y amigos, peligros y recompensas. La mujer del poeta miró a su alrededor y se preguntó en silencio si alguno de los asistentes a aquel acto se habría atrevido a pensar alguna vez que el hombre que tenían delante, trabajando aún como funcionario en un ministerio, había escondido en su casa a Federico Sánchez cuando el nombre de aquel dirigente comunista, que en realidad se llamaba Jorge Semprún, encabezaba todas las listas de busca y captura de la policía franquista. Se preguntó si alguien se lo podría imaginar con una guitarra entre las manos, cantando rancheras con una voz magnífica, potente, o si habría acertado a sospechar su extraña, compleja y novelesca relación con algunas mujeres tan singulares que a veces habían acabado inspirando auténticas novelas. Pensaba en eso cuando el moderador hizo la primera pregunta, pero su curiosidad cristalizó en una pregunta tan extravagante que no le quedó más remedio que prestar atención a la respuesta.

—Bueno, es cierto que en aquella época casi todos los policías y los políticos franquistas llevaban ese bigotito tan fino, que ahora nos parece tan ridículo, ¿no? Pero yo me lo dejé por otros motivos... —el poeta se acarició la barba, miró al moderador, sonrió—. La verdad es que pretendía parecerme a Clark Gable, que era el galán de moda en aquella época.

Hubo sonrisas, risas, alguna auténtica carcajada y unos pocos aplausos aislados. Sin embargo, lo que Susana Rivera escuchó mejor fue una especie de resoplido, una expresión indefinible, a medio camino entre el cansancio y el escándalo, que resonó al borde de su oído izquierdo. Cuando giró la cabeza en esa dirección se encontró con una señora mayor que la miraba con las cejas arqueadas.

—Pues no lo consiguió —le dijo entonces.

—¿Perdón?

—Digo que no consiguió parecerse a Clark Gable.

—¡Ah, eso! —Susana Rivera sonrió—. Pues no, tiene usted razón. Pero es mucho más guapo que Clark.

La señora resopló por segunda vez, pero Susana Rivera ya no se volvió a mirarla.